

Moruy ya tiene cine

El Nacional, 1956-11-03.

Manuelito se dio cuenta de que no sabía leer cuando le regalaron su primer libro en Coro esta mañana. Fue cuando Julián Lugo, su padre, lo llevó por primera vez a la capital para visitar a su madrina. Y de regreso, en la tarde, Julián, Manuelito y su libro esperaban en el cruce de la carretera de Punto Fijo a Amuay, con su poco de bultos regado por el suelo, a que alguien los llevase un pedacito más hacia Moruy, donde viven ellos.

-2-

La Plaza Bolívar en Moruy es más de tres cuartos de tierra amarilla que levanta cualquier brisita y menos de uno de cemento. Están, además, la iglesia, una bonita capilla de aspecto colonial, y su pequeño rebaño de casas. Cerca, con su peculiar corte de algo descabezado, el solitario cerrito de Santa Ana.

Angel Yagua tiene su botiquincito en la misma plaza. Es de esos hombres de empresa que a fuerza de hacérsele el pueblo pequeño para sus inquietudes lo hacen crecer un poco a su medida. Tiene este botiquincito de nevera de kerosén y rocola acorazada con una jaula de hierro, para que no se la rompan en las peleas, una puerta lateral que conduce a un corral de chivos que es un cine. Lo descubrí rastreando un grupo de muchachos que miraban unas fotografías pegadas en un muro. Era un anuncio de "Tierra baja", de Pedro Armendariz, escrito con azulillo sobre el muro de cal.

El cine es un corral de piso de tierra donde Angel Yagua ha levantado unos muros de bloques y ha colocado unas hileras de sillas hechas con una especie de madera que es el corazón del cardón y un trenzado de paja "carruá" que sacan del cerro. La pared encalada que sirve de pantalla para una cámara de 16 milímetros tiene pretensiones de escenario. Le han puesto un pisito de cemento y han abierto dos huecos de puerta a los lados. Me decía Yagua que además de cine de vez en cuando hacen teatro preparado para los alumnos de la escuela municipal. Como viera que las puertas sólo daban paso a dos pequeños ángulos cerrados, pregunté cómo se comunicaban aquellas dos picitas del escenario para permitir el movimiento de los actores.

-¡Ah! -me dijo con una luz de malicia en los ojos- eso no está para eso; a un lado se desvisten los varones y al otro las hembras.

-3-

Moruy, lo que es el pueblo, tiene unos 150 habitantes. Pero el municipio cuenta, además, con los caseríos de Guacurebo. Los Llanitos, Yabuguiba, Gisebo, Barunú, Ermamonar, Tumaruse, San Nicolás y Jaiaradite, para reunir por todo unos 2.000. Se dedica a la agricultura y recoje, si llueve, su poquito de maíz, ajonjolí, frijoles y millo.

Moruy no tiene grandes recolecciones porque lo que llueve es muy poco. Pero ahí está, a la mano, una Virgen del Perpetuo Socorro hecha en España que acaban de colocar en lo alto del cerro Santa Ana para tener a quién rezar. La palabra Moruy, me explicaba un vecino, quiere decir "sol" en idioma caquetío. Ocurre en Moruy que el sol sale "por todo el picacho", y los indios adoraban al cerro como la cuna del nuevo sol de cada día. Como los fenómenos tienen las explicaciones de cada tiempo, después hubo apariciones de una Virgen, y ahora, el mes de mayo pasado, la promesa hecha por una maestra de escuela que acaba de retirarse y a quien quieren mucho en Moruy. Blanca Morón Irausquin, les ha proporcionado una imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro a quien hacer rogativas cada 26 de julio.

Hay la creencia de que el agua baja del cerro de Santa Ana, el cerro solitario de la península de Santa Ana. La gente de Moruy afirma que el agua baja de verdad. A la puntica del cerro se prende a menudo una nube baja que deja su humedad, como si el cielo se apiadase de vez en cuando de los paraguaneros y se dejase ordeñar. Por eso hay un poco de verde en la cima, y el agua corre de vez en cuando, hasta por Santa Ana. El milagro de verdad sería que lloviese todos los días.

-4-

Lo que no puede quedar al cuidado de las rogativas es la luz de cada noche. Desde hace poco Moruy reunió sus fuerzas y tiene una planta comunal que pagan los vecinos 2,50 bolívares al mes por cada bombillo de 25 bujías.

En un pueblo tan chiquito y tan seco hay alguien que maneja una planta eléctrica. Y hay muchachitos despabilados capaces de hacer muchas otras cosas que promete Moruy, un pueblecito esforzado y tranquilo casi en la misma falda del cerro Santa Ana, que ya tiene su cine. El pueblo tiene un buen limpiabotas en Julio. Aular, monaguillo, que a sus trece años estudia 5º grado en la Escuela Federal Concentrada y quiere ser "doctol" en medicina. Tiene a Reinaldo Marín, que a sus 12 años vende agua que lleva a las casas desde la pluma de la plaza a medio la lata sin que por eso deje de seguir estudiando 4º grado. Y está también Marcelino Segundo Molina, un chipirrín de diez, que vende cinco bolívares de empanadas al día, a medio cada una, y está en su primer grado para algún día ser un buen agente de policía.

-5-

Manuelito, con su libro, y Julián Lugo viven en un puntico que compró hace varios años "con documentos" en 120 bolívares en El Pilancón, caserío Guacurebo.

-El hombre más pobre de este lugar soy yo -dice desde la cumbre pelada de su casa de tierra mirando los sembrados vecinos- pero no lo demuestro...

Julián cree que no demuestra ser pobre trabajando desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde conuco ajeno que alquila a 20 bolívares el "almud" (medida de áridos que corresponde a un celemín o un litro y 76 centilitros) por año, porque no tiene plata para cercar su peladero y trabajar su propio pedazo de tierra. En buen año, que es cuando llueve, recoge ajonjolí, maíz, frijol y tapirama que come en casa o vende a medio, precio a "gente que trabaja con bancos" y llega hasta allá en camión a pagar el ajonjolí a 50 bolívares el quintal. Y hay años de nada, de secarse las raíces en un suelo de grietas, en que no llegan los camiones. Es una bendición que, aunque los burritos se le fueron acabando, le vivan todavía 18 marranitos, 26 gallinas y tres chivos. Y le quedan también a Julián Lugo los padres ciegos, dos viejitos que apenas pueden levantarse de su chinchorro, tres hijos naturales, la esposa, que le ayuda "bastante" y Manuelito, quien ya con sus once años chiquitos y flacos le ayuda desde "hace mucho" en su sembrado como si fuese un hombre.

Manuelito no sabe leer. Ahora, con su primer libro, se le han abierto los ojos como platos. Tiene un primo en un ranchito vecino que sí sabe algo de letras y le va a ayudar. Será de noche, a la luz de kerosén, porque de día está en el conuco o trayendo a lomo desde tres kilómetros el agua que baja del cerro a la alberca próxima. Ahorita está ayudando a su padre a sembrar antes de mediados de noviembre, que es cuando comienzan los "yelitos", como llaman a las brisas que refrescan un poco esta tierra de gente hacendosa y cordial. Ayuda a su padre halando la escardilla y haciendo diligencias. Este fue la primera vez que salió de su casa y llegó hasta Coro. De allí se trajo este libro que le ha producido la honda emoción de descubrir que no sabe leer. Acaso tarde algún tiempo en saber lo que dice. Pero por voluntad terca y meritoria de un hombre llegó el cine a Moruy. Y el que ha visitado el simpático pueblecito una vez, sabe que se ha abierto una buena brecha de inquietudes. Como ha roto cosas dentro a Manuelito este libro que le regaló su madrina en su primer viaje a Coro.